

estando seguro que bien pronto habia de ser entregado en manos de sus enemigos, y á la muerte mas cruel é ignominiosa: en ella se echa de ver cómo predice á los discípulos con la mayor serenidad y á sangre fria las circunstancias de su pasion y todo lo que va á suceder, y la flaqueza y pusilanimidad de los apóstoles en su vergonzosa huida y en el abandono en que lo dejarían en el tiempo de su mayor angustia; pero á la par brilla tambien altamente la ternura que les muestra en las instrucciones que les da y en los consuelos que les promete por la venida del Espíritu Santo y por el modo afectuoso con que los encomienda á su Padre; por lo que para animarlos mas y mas y alentarlos en medio de las persecuciones que les esperan, les dijo: Un mandamiento nuevo os doy, y es que os améis mutuamente los unos á los otros, como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si viesen que después que yo falto de vuestra compañía reina entre vosotros una fraternal concordia que no haga de vuestra sociedad sino una gran familia, cuya cabeza ya glorificada espera después de sí en la morada de la gloria á los miembros que la componen. En estos son y serán manifiestos los hijos de Dios y los hijos del diablo: cualquiera que no hace justicia y que no ama á su hermano, no es de Dios; porque esta es la suma de la predicacion, la doctrina que habeis oido desde el principio; que nos amemos unos á otros. Y pues hemos conocido la caridad del Hijo de Dios que puso su vida por nosotros, así tambien debemos poner nosotros nuestras vidas por nuestros hermanos [1].

Habia dicho Jesús á sus apóstoles que se marchaba, y este pensamiento triste preocupaba su atencion; pero les habia añadido que donde él iba ellos no podían ir; y Pedro no concebía que hubiese en el mundo un camino tan difícil por el que no pudiese caminar en su seguimiento, y por este le replicó diciendo: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Resuelto estoy pronto á morir; yo expodré por tí mi vida. Cóntestóle Jesús: ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo, que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces, como si yo fuera un hombre á quien jamás

[1.] Ep 1 a Joann. cap. 3, v. 10 et seqs.

hubieras conocido. Si Pedro hubiese comprendido bien las palabras de su Maestro y las hubiese mirado como una prediccion muy cierta de un suceso bien próximo, no hay duda que hubiese muerto de repente; pero él las escuchó como una amenaza de precaucion hecha con el fin de mantenerlo con cuidado y vigilancia. No contó Pedro con menos confianza sobre la pretendida intrepidez de su corazon; y asegurado con el testimonio presuntuoso que se daba á sí mismo por su disposicion presente, no quiso temer para en adelante. Jesús lo habia prevenido suficientemente: le dejó aplaudirse de su celo, y prosiguió su comenzado discurso.

No os acobardeis, les dijo; no se turbe vuestro corazon. Si creis y confiais en Dios, tambien debeis creer y confiar en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones y moradas. Si así no fuera, no os hubiera dicho voy, y me adelanto á prepararos el asiento y lugar que corresponde á cada uno de vosotros. Es preciso que creais que no solamente soy yo el Mesías y enviado de Dios, sino es tambien el Hombre-Dios, el mediador de la nueva alianza, el jefe y príncipe de todo comercio y religion entre Dios y los hombres. No me explico mas sobre este punto de vuestra creencia, porque ya en otras ocasiones os he dado las instrucciones necesarias. Si parto ahora, no es para dejaros para siempre. Marcho y volveré; conviene á saber, en el último momento de vuestra vida, á llevaros conmigo, para que esteis donde yo estoy. Cualquiera que se dedique á mi servicio, no se cansa de seguirme, pues allí donde yo estuviere ha de estar el que me sirve. Sed pues fieles en cumplir vuestra obligacion, que yo lo seré en cumplir mi palabra. Ahora debeis saber á dónde voy, y conocer el camino que lleva al término.

Ninguna duda debían tener los apóstoles sobre lo que el soberano Maestro acababa de anunciarles. Cien veces les habia predicado que volvía á su Padre; que el cielo era el término de sus correrías pasajeras sobre la tierra; que la fe de su divinidad, la participacion de sus méritos y la práctica de sus leyes, serían el camino que en adelante conducirían á su divina morada, con exclusion de las ceremonias antiguas y del culto imperfecto de Moisés. El Señor tenia derecho para hablar á sus discípulos como si lo hubieran entendido, porque estando instruidos como lo estaban, no debían

trocar las cosas; pero con todo eso las trocaron aun, y no las entendieron bien hasta que recibieron el Espíritu Santo. De aquí provino el que Tomás dijese en seguida á Jesús: Señor, ¿si ignoramos á dónde vais, cómo podemos saber el camino que nos conviene seguir? Entonces le dió Jesús esta admirable respuesta: *Yo soy el camino, la verdad y la vida.* El camino que conduce derechamente á la verdad, y la verdad que lleva infaliblemente á la vida eterna. El camino que debéis tomar, la verdad que debéis creer y la vida que debéis vivir. Marchad en pos de mí, seguid mis consejos y doctrinas, y así rectamente llegareis á mi Padre, *porque nadie va al Padre sino es por mí.* Esto es, por medio de una fe viva que es un don que no se puede alcanzar sino por mí; pero la alcanza el que la quiere, porque á nadie se le niega. La dificultad que tenéis en conocer á mi Padre, nace de que jamás me habeis conocido bien á mí; porque si hubiérais conocido bien al Hijo, conociérais asimismo al Padre, porque el Hijo está íntimamente unido con el Padre, y á él es en todo y por todo perfectamente semejante. Mas desde ahora bien pronto lo conoceréis, lo vereis y sabreis quién es, en virtud de las luces y sabiduría que el Espíritu Santo derramará sobre vosotros.

De cada expresion de Jesús surgian nuevas dificultades para los apóstoles, que aun no estaban elevados á la altura de aquella fe, por la que debian creer y predicar la idea de un Dios subsistente en tres personas realmente distintas entre sí, de las cuales la una se hizo hombre: por esto Felipe, que no penetró el pensamiento del Maestro divino, se tomó la libertad de decirle: *Señor, hacenos ver al Padre;* esta gracia que os pedimos bastará para nuestro entero consuelo. Y bien, Felipe, replicó el Salvador; ¿después de tanto tiempo como ha que estoy con vosotros, no me habeis conocido? ¿Á dónde está vuestra fe? ¿No sabeis que los que están ilustrados con luces sobrenaturales y divinas, y me miran con los ojos de la fe, no pueden verme sin ver á mi Padre en mí? ¿Por qué me decís, pues, que os le muestre? ¿Es porque no creéis que yo estoy en él y él está en mí? ¿No bastan mis obras y mis palabras para convenceros de esta verdad? Además de la naturaleza humana subsistente en una persona divina que habla, que obra y que conversa con vos-

otros, tengo yo tambien la misma naturaleza divina que mi Padre, pero invisible á vuestros ojos mortales si no es que se muestre en mis operaciones y milagros. *El Padre, que mora en mí, es el que obra las maravillas que me veis hacer;* esto es, no es por mi poder puramente humano por el que ejecuto los milagros; yo soy el Hijo, y el Hijo muy amado; yo los pido, y mi Padre los ejecuta con su omnipotencia, aunque esta omnipotencia es comun á los dos, como lo es la naturaleza divina. *Y si mis palabras no bastan para que me deis entero crédito, mis obras las confirman, por ellas debéis creerme.* En verdad, en verdad os digo, que el que en mi cree, las obras que yo hago tambien él las hará, y aun mayores que estas y mas admirables. De manera que el discípulo fiel tendrá este consuelo, gozará de este privilegio, y en mi nombre usará de él. Esto es en realidad prometer mucho á los fieles servidores, pero no prometo cosa alguna que no haya de ver algun dia con admiracion todo el mundo. Yo voy á mi Padre, del cual en cualidad de Hombre-Dios y de Hijo unico de Dios, recibiré todo el poder en el cielo y en la tierra. *Yo voy al Padre, y todo lo que pidiéreis en mi nombre con fe viva y confianza firme, os lo otorgaré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; asimismo lo que le pidiéreis al Padre en mi nombre, por mis merecimientos, no tengais la menor duda, os lo concederá.*

Vosotros, empero, discípulos míos, habeis de acreditar que correspondéis á mi amor y que me amais verdaderamente; de ninguna manera podreis justificar esto mejor, que practicando las máximas que os he enseñado, por grandes que sean las dificultades que para ello tengais que superar: no os dejéis vencer del trabajo ó del temor, ni os aflijais por mi ausencia: *yo rogaré á mi Padre, y os dará otro consolador y Maestro para que permanezca con vosotros para siempre;* á saber, el Espíritu Santo; Espíritu de la verdad que no pueden recibir los que se guían por el espíritu del mundo, pues no están en disposicion de verlo y conocerlo. Es tan bueno este divino Espíritu, que con la verdad cumple tambien su verdadera inteligencia. Ese pueblo en que vivís, ese judaismo rebelde que me persigue, esa Sinagoga infiel que me reprueba, no lo conoce ni lo desea, y está pronto á desecharlo. Las cosas de la tierra los ocu-

pan y enajenan, y por eso no se mueven por las del cielo; pero vosotros conoceréis á ese divino Espíritu y gustareis de su dulzura, porque se derramará en vuestras almas, habitará en ellas como en su templo, como en su paraíso y como en su trono, y las llenará de tantas delicias, gracias y luces, que llegareis á tener un conocimiento muy claro de mis atributos y perfecciones.

No es mi ánimo dejaros solos en el mundo, huérfanos y abandonados. Yo vendré otra vez á vosotros y estaré en vuestra compañía aun un poquito, y el mundo no me verá; empero vosotros me vereis, porque yo vivo y vosotros vivireis. Yo os tengo un amor verdaderamente paternal, y no os abandonaré. Es verdad que el mundo que no considera en mí sino esta apariencia exterior que está sujeta á los sentidos, me perderá muy presto de vista; pero vosotros que la tenéis mas penetrante y que me miráis mas con los ojos del alma que con los del cuerpo, me tendréis siempre presente en vuestro espíritu. El mundo sumergido en los bienes temporales tiene una vida animal que se puede llamar verdadera muerte; pero los que buscan como vosotros una vida superior á los sentidos, una vida toda espiritual, que no podrá arrebatarse la muerte, estos tales vivirán eternamente. Yo tengo poder para dejar la vida; y á pesar de los que imaginen habérmela quitado, la volveré á recobrar. Yo quiero entregarme al furor de mis enemigos; pero yo sabré defenderos á vosotros de sus insultos. No les permitiré contra vosotros lo que sufriré que ejecuten conmigo. Yo os conservaré la vida para volveros á ver y conversar con vosotros luego que triunfaré de la muerte. Entonces conoceréis tres verdades esenciales que hoy os he predicado, y que no entendeis aun sino imperfectamente. Comprenderéis que yo estoy en el Padre por la comunicacion de una misma naturaleza; que vosotros estais en mí por la comunicacion de mis méritos, y que yo estoy en vosotros por la impresion de mi espíritu. *El que tiene mis mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama; y el que me ama será amado de mi Padre; yo tambien le amaré y me manifestaré á él, comunicándole los tesoros de la divina sabiduría.*

Este discurso de Jesús enardeció tan admirablemente el corazón de los apóstoles, que todos se humillaron y confundieron á la vista

de aquel que tenía tanto acierto para traspasarle con cada una de sus palabras; de modo que Judas, por sobrenombre Tadeo, hermano de Santiago, quedó tan admirado con lo que acababa de oír, que no pudo menos de decir á su Maestro: ¿Por qué, Señor, os ocultais á los del mundo, y os dignais manifestaros á nosotros? *Esto es,* respondió el Señor, *porque los que me aman y guardan mis mandamientos, mi Padre los amará, y vendremos á él, y en el estableceremos nuestra habitacion y morada.* Al contrario los que no me aman, desprecian lo que les digo y no hacen caso de lo que les mando. No sucederá lo mismo con vosotros: nada os he ocultado de lo que aprendí en el seno de mi Padre para comunicaros, de lo cual bien presto recibireis la perfecta inteligencia. Cuanto os he hablado, os lo he dicho como enviado de mi Padre para ser vuestro doctor y Maestro. Estas son las cosas, y esta es la doctrina que os he hablado estando con vosotros. Cuidad de retenerlas en vuestra memoria, que cuando seais ilustrados de lo alto, vereis que no os he disimulado cosa alguna. El Espíritu Santo, al cual enviará el Padre en mi nombre, os las enseñará todas; os recordará cuanto os he dicho, y os instruirá descubriéndoos el sentido de todas las verdades y misterios que os he predicado. Esas serán sus funciones, y vosotros os admirareis dentro de vosotros mismos de la perfeccion de su obra; la conformidad de su instruccion con mi doctrina será de vuestra seguridad y vuestro gozo; nada podrá entonces turbaros ni deteneros en el camino que habreis comenzado á andar; esperad estos dichosos momentos y consolaos en mi ausencia; pues vuestra pena no ha de ser muy larga. Cercano está el momento de mi partida; por tanto, como legado os el mas precioso, os dejo la paz, os doy mi paz; no como el mundo la da yo os la doy. La que os dejo y os doy es la base de la felicidad que el hombre puede disfrutar en la tierra; es fruto del Espíritu Santo y tambien de la justicia; es en muy gran parte el reino de Dios que está dentro de nosotros, el cual, segun el Apóstol, consiste en la justicia, y paz, y alegría, en el Espíritu Santo, y es como la consecuencia de la quietud, orden y sosiego de las vehementes pasiones, bien supremo que no pueda dar el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se intimide ni acobarde. Habiéis oído cómo yo

os he dicho que me parto y os dejo; tambien os he añadido que presto volveré á vosotros; pero me parece que en vano os prometo mi vuelta, pues conozco que os afligís solamente en pensar que quedais sin mí sobre la tierra. Si el amor que me teneis os hace desear lo que mas conviene, no teneis sino motivo para alegraros de que parta para mi Padre, al cual soy en cuanto hombre inferior en dignidad y perfeccion; pero que quiere darme tanto mas honor, cuanto menos he recibido del mundo. Yo os lo digo antes que suceda, para que cuando haya sucedido, creais y comprendais que nada me suceda que no tenga previsto, y que soy el Hijo de Dios á quien mi Padre celestial no rehusa noticia ni conocimiento alguno. Ya no hablaré mucho con vosotros en esta carne mortal; pues viniendo el príncipe de este mundo, esto es, el diablo, príncipe de las tinieblas, y agita á los de la Sinagoga para que me prendan y den la muerte. El nada tiene conmigo, porque no tengo pecado alguno; y si yo quisiera, fácil me sería evitar la muerte. Empero para que conozca el mundo que amo al Padre, y que segun me ha mandado mi Padre así lo hago. Lo que fué decirles: Si los príncipes de la Sinagoga están atentos al modo con que van á pasar las cosas, aprenderán que si yo soy sacrificado y muero, este es efecto de mi obediencia y no de su poder. Ved ahí lo que tenia que decirlos antes de separarme de vosotros; levantémoslos ahora y seguidme, que ya es tiempo que me prepare para el grande conflicto que me espera.

Algunos expositores muy graves del Evangelio creyeron que lo que aun resta de este importantísimo discurso, lo dijo Jesús en otra pieza mas escondida de la misma casa, en donde estuviesen los apóstoles menos perturbados de temor, y otros piensan que salieron luego de ella, y que prosiguió el Señor su plática por el camino hasta llegar á Gethzemani; con todo, parece mas verisímil que en el mismo cenáculo pasó todo lo que refiere san Juan hasta el capítulo 18, versículo 1.º, en que dice: *Habiendo dicho Jesús todas estas cosas, marchó con todos sus discípulos á la otra parte del torrente de Cedron*; pues tan largo y tierno sermón, y tan fervorosa oracion al Padre, no es regular que se dijese andando. Así como es muy natural que la despedida del Señor con tan amados discípulos fuese

prolija, y que aunque al decir Jesús, levantaos y vámonos, se levantasen todos de la mesa, con todo, lo restante del sermón se trataria ó pasaria en el mismo cenáculo mientras estuviesen para marchar. Sea como fuese, es muy digno de advertir que el mismo Señor que hasta ahora les ha dado tantas razones para que se consuelen y se alegren de su muerte, ahora va á exhortarlos á que sean constantes en su fe y en su amor, á pesar de todas las persecuciones y trabajos. Para darles desde luego á conocer cuán necesario les es mantenerse unidos con él, se vale de la comparacion del sarmiento, que no da fruto ni vive si no está unido con la vid. Ya los profetas le habian llamado *vara de Israel ó de la raíz de Gesé, pimpollo de justicia, pimpollo famoso*; y habian representado á sus discípulos *como pimpollos del vergel del Señor, y como una viña plantada por la diestra de Dios*. Así Jesús, aludiendo ahora á estas y otras muchas metáforas tomadas de la labranza, les dice: Yo soy la vid verdadera que da á sus vástagos el alimento y la vida; esto es, la vid que produce el vino mas generoso y mas propio para alegrar el corazón del hombre; una vid espiritual que hace en las almas los mismos efectos que la material hace en los sarmientos, pero de un modo mas noble. Mi Padre es el labrador ó viñador: como sabio y experimentado agricultor, cortará, separará todo sarmiento que en mí no lleva fruto; esto es, que perteneciéndome aun por su creencia no lleva fruto de buenas obras; pero á aquellos discípulos cuya vida corresponde á la fe, les dará cada dia nuevas luces, y les abrirá mas excelente camino para la perfeccion, para que su fruto sea mas sazonado y abundante.

Vosotros, discípulos míos, todos estais puros y limpios; mi palabra os ha santificado, y solo os falta que os deis sazonados frutos de virtudes; y para esto debéis entender que teneis tanta necesidad de mí, como la tienen los sarmientos del tronco ó cepa de donde reciben el jugo. Conservad vuestra union conmigo, constantes en mi amor; que de mi parte yo permaneceré con vosotros por la comunicacion de mi gracia y de mi espíritu. Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no está incorporado con la cepa ó la vid, así vosotros no podeis hacer obra alguna buena ni meritoria digna del premio del cielo, si dejais de estar unidos conmigo. Yo

soy la vid que da á sus vástagos el alimento y la vida. Vosotros sois los sarmientos: el que está en mí y yo en él, este lleva copioso y abundante fruto. Si no permanece en mí, será un sarmiento inútil y una rama infructuosa. Sin mí y separados de mí nada podéis hacer que os aproveche para la vida eterna como mérito de ella, y nada que á título de justicia os disponga para ser santificados. Pero como no podéis hacer cosa buena sin mí, cuidad mucho de no separaros de este principio, no suceda lo que al sarmiento separado de la vid y seco, que solo sirve para el fuego; porque de la misma suerte vendreis á ser por esta separacion leña seca para el fuego que jamás se ha de apagar. Si perseverais en vuestra union conmigo, y si permanecen en vuestras almas profundamente grabadas mis palabras, pedireis cuanto quisieris y todo os será otorgado. Por lo que decia san Juan [1]: Carisimos, si nuestra conciencia no nos reprehende, confiemos en Dios, que cuanto le pidiéremos le recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables en su acatamiento. En esto es honrado y glorificado mi Padre, en que produzcáis mucho fruto de santas obras, y os mostreis dignos discípulos de su Hijo, vuestro Maestro. Os aseguro que no tendreis mucho trabajo en ello; pues el Espíritu Santo que os enviaremos, os hará capaces de ser mis discípulos y os ayudará á imitar mis virtudes. Para facilitaros la práctica de ellas, os inspirará un grande amor á mí. Seréis sin duda mas duros é insensibles que las piedras, si no amais tiernamente al que con un amor tan tierno y afectuoso os amó.

Como el Padre me amó, así tambien yo os he amado. Continúad en merecer mi amor; en la inteligencia de que si guardais mis preceptos, yo os amaré siempre, como mi Padre no cesa de amarme, porque jamás me aparto yo de su voluntad santísima. Así es que, decia san Juan [2]: El que guarda la palabra y la doctrina de Jesucristo, la caridad de Dios está verdaderamente en él. El que dice que está y permanece en él, debe andar, conducirse y vivir como él anduvo. Y Jesús añadió á sus discípulos: Todas estas cosas os he dicho y os las repito, para encontrar en vosotros la plenitud

[1] Div. Joann. Ep. 1.^a cap. 3, vs. 21 et 22.

[2] Idem. ibid. cap. 2, vs. 5 et 6.

de mi gozo, y para que vosotros goceis de un perfecto consuelo. Poned singularísimo cuidado en observar el precepto de la caridad y del amor. Amaos unos á otros con este amor puro y espiritual, del que os he dado tan buen ejemplo, amándoos hasta acabar consumido de dolores por vuestra salud. Este es mi precepto y una ley propiamente mia que está fundada sobre la union íntima que he contraido con los hombres. Yo quiero una caridad perfecta, y no es posible mayor amor que entregarse á la muerte por los que se aman. Esta es la perfeccion del amor, y bien presto conoceréis si yo amo perfectamente. Sobre este precepto tambien nos dice san Juan [1]: Si alguno dice yo amo á Dios y aborrece á su hermano, es mentiroso. Porque el que no ama á su hermano, al cual ha visto y con quien vive en sociedad, ¿cómo puede amar á Dios que no ha visto? Vosotros sois mis amigos, y lo seréis siempre si haceis las cosas que yo os mando. Bien sabeis que soy vuestro Señor y Maestro; no obstante, no quiero tratar con vosotros como un señor trata con sus siervos; nunca les comunica sus designios, ni les descubre los secretos de familia, ni los admite á su consejo y privanza; os llamaré mis amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, los misterios profundos y los arcanos y consejos de su Providencia para el establecimiento y gobierno de la Iglesia, os los he declarado y hecho notorios. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí á vosotros, y os he plantado y constituido para que váyais y llevéis fruto permanente. Reconoced pues este favor tan singular que no le habeis podido adquirir por vuestra industria, ni tenerle por vuestros méritos, ni poseerle por vuestra eleccion.

Tampoco debeis olvidaros que despues de haberos elegido así y distinguido del comun de los hombres, os he dado las primeras plazas y asientos en mi reino, os he confiado la direccion y conducta de las almas que he venido á rescatar con el precio de mi sangre, y os he constituido maestros y pastores de los pueblos, para que llenos de mi doctrina váyais á esparcir por el mundo esta celestial semilla en los corazones de los mortales, para que den abundantes fru-

[1] Idem. ibid. cap. 4, vs. 21 et 22.

tos y estos permanezcan siempre, á pesar de la corrupcion del siglo. Con esto merecereis que mi Padre os conceda todo cuanto le pidais en mi nombre y por su gloria. No os olvideis de lo que os mando otra vez; á saber, que os amais los unos á los otros. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á mí, el primero y mas digno de vosotros. Si fuérais del mundo, si hubiérais seguido sus máximas, el mundo amaria lo que es suyo. Mas porque no sois del mundo, antes yo os elegí y separé de él; por eso os aborrece el mundo. Sin duda esto fué lo que obligó al mismo san Juan á que dijera [1]: Hermanos míos, no os maravilleis si el mundo os aborrece. Considerad cuán grande amor nos ha mostrado el Padre en que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos: por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoce á él. Hijitos, vosotros sois de Dios; los pecadores, los herejes, los impostores, los falsos profetas son del mundo; por eso hablan del mundo y el mundo los oye. Acordaos de lo que os decia poco tiempo ha, que el siervo no es mas que su señor; y así que habiéndome perseguido á mí no debéis creer os perdonará á vosotros. Si los mundanos hubieran seguido mis consejos, pudierais esperar que siguieran los vuestros; y si hubieran oído mi palabra, tambien podríais creer que no despreciarian la vuestra; pero sabéis muy bien que han hecho todo lo contrario y que han abandonado mi doctrina. Por tanto, no penseis hallar en sus corazones mayor rectitud, ni en sus entendimientos mayor docilidad que la que yo hallé. Con todo eso, no los temais, porque todos los malos tratamientos que os harán, los desprecios, las injurias, los ultrajes y las violencias que experimentaréis, serán en aborrecimiento de mi nombre. Ellos no quieren reconocer al que me ha enviado, y ved ahí por qué pasará su enemistad de mí hasta vosotros. La causa de vuestras penas y trabajos os debe servir de consuelo, porque de ellos resultará el mérito y la gloria.

Todas estas lecciones del Salvador se dirigen á esforzar á los Apóstoles y á sus sucesores, y á animarlos con sus ejemplos, proteccion y premios, al desempeño fiel de su ministerio, y á corresponder exactamente á su vocacion y prepararlos contra las persecucio-

[1] Idem. *ibid.* cap. 4, vs. 1 et seqs. et cap. 4, vs. 5 el 6.

nes de sus enemigos. Yo os he elegido y elevado á la dignidad de apóstoles y de cooperadores en el establecimiento de mi reino. Aunque destituido de todo auxilio humano, nada os faltará para que la semilla de la palabra derramada con vuestro cuidado, regada con vuestros sudores, y en caso necesario con vuestra sangre, produzca frutos ópimos, abundantes y permanentes. Pero debéis contar, no con ser amados del mundo, sino al contrario, odiados y combatidos universalmente y en todas partes. Si hubiérais tenido parte en las conspiraciones y malignos proyectos de mis enemigos, y seguido las máximas tortuosas de la política mundana, y disfrazado la verdad, siempre amarga á los mortales, é incensado á los poderosos, y lisonjeado los oídos de los hombres perversos, y canonizado las desordenadas pasiones, y predicado una moral laxa y acomodada á fomentar los vicios, seríais amado del mundo y lograríades crédito, reputacion y fama. Empero la severa verdad y la doctrina evangélica anunciada por vosotros con igual libertad que firmeza, expondrá vuestra reputacion y vuestra vida, y llegará tiempo en que cualquiera que os dé la muerte, imagine que hace un obsequio á Dios y califique de gran mérito su misma crueldad. Será tan profunda la ceguedad de los judíos, que no querrán reconocer en las señales mas sensibles el testimonio de mi Padre, respeto de mí, ni confesar que yo soy el Hijo de Dios enviado para su salud. Lo que fué decirles: Ellos conocerán sus injusticias, ellos harán gloria de sus violencias; ¿pues qué no debéis esperar de un pueblo furioso, cuyo aborrecimiento se armará con el pretexto de la religion? Dueños engañadores y súbditos engañados, sacerdotes envidiosos y discípulos corrompidos, todos á su modo se desatarán contra vosotros; pero para no temerles bastará que os acordeis que vuestro Señor y Maestro, para quien nada hay oculto, os predijo muy individualmente todas estas cosas, y no os llamó á su servicio sin patentizaros todas las penas que estaban anexas á él; y que si pudo anunciarlas, tambien tendrá poder para premiarlas.

No creais, discípulos míos, que todo esto lo recaté desde un principio para atraeros á mí y manteneros como engañados en mi compaña, pues no fué así; yo estaba con vosotros, y entre tanto no debíais temer los peligros ni las persecuciones, porque podia calmar

todas las tempestades que contra vosotros se levantasen; á mas de que yo sabia bien, que yo solo era el objeto de la atencion, del odio y aborrecimiento de mis enemigos: ellos perseguian al Maestro y se contentaban con aborrecer á los discípulos. Mas ahora que vuelvo al que me envió, que ya nada podrán hacer contra mí, porque ni siquiera me verán, se desencadenará todo su furor contra los que crean en mí, y se sigan, y prediquen mis doctrinás, y se empeñen en mi defensa y en la de mi Evangelio. Una cosa empero advierto entre vosotros que me admira. Hablo de dejaros, y este aviso no hace aquel efecto que debia. Voy á aquel que me envió y vuelvo al cielo de donde vine; y en lugar de darme el parabien por ello, ya por el honor que voy á recibir, ya por el provecho que os ha de resultar por mi exaltacion, os afligís, permanecéis pensativos y melancólicos, y ninguno de vosotros me pregunta á dónde voy, ni cuáles son las riquezas y delicias de aquel lugar por el que dejo la tierra; sino porque os hablo de mi partida y de las consecuencias que de ella se os seguirán, están vuestros corazones llenos de tristeza, tanto que parece se os ha quitado el sentido y el habla.

Mas yo os digo la verdad, que os es necesario y conviene á vuestros intereses que vaya yo al Padre; porque si no fuere y quedare con vosotros, no os caviere el Espíritu Santo, no vendrá á vosotros el consolador que os ha de fortificar y os ha de instruir; pero cuando yo me vaya, después de consumado el sacrificio, yo mismo os lo enviaré, y no dilatará el derramar sobre vosotros sus luces y consuelos. Y cuando él viniere, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio; lo convencerá por vuestra predicacion y ministerio, echándole en cara su incredulidad, con la que me ha negado y desconocido; ¡pecado horrible! que no podrá dejar de ser castigado con espantoso rigor. De justicia; esto es, de la justicia divina que brilla y resplandece en el premio de los buenos y en el castigo de los malos; y en mi exaltacion á la gloria, porque voy al Padre, y ya no me vereis mas en este estado de abatimiento y humillacion, sino triunfante y glorioso. Y por vuestras reprehensiones que serán robustecidas con la gracia del Espíritu divino, serán convencidos los judíos de la condenacion que les está reservada. Ya con esto quedais instruidos de que el príncipe de este mundo

está juzgado y condenado. Los judíos incrédulos van á ser echados del número de los hijos de Dios; su ciudad, su culto, su templo y sus ceremonias, no subsistirán mas. Fortalecidos por mi espíritu los echareis en cara estas amenazas y, no pasará esta generacion sin que el suceso se verifique.

Como no os considero todavía bastante capaces de comprender otras muchas que tengo que deciros, no os las comunico; porque no conviene ahora sobrecargar demasiado vuestro espíritu; las comprenderéis empero cuando venga sobre vosotros el Espíritu de la verdad que os he prometido. Este Espíritu divino no os hablará de suyo, sino que os dirá todas las cosas que habrá oido en el cielo, y os las anunciará con tanta claridad, que os mostrará como presentes las que se han de verificar en la série sucesiva de los tiempos, con cuyo conocimiento seréis los nuevos profetas que tengo de enviar al mundo. El me glorificará sobre la tierra, porque recibirá de lo mio, y de mí es de quien recibirá la doctrina con que estará encargado de instruiros. Todo lo que tiene mi Padre, es mio; por esto os he dicho que nada dirá que no venga de mí; como de su origen y que no haya recibido de mí; y habitará con vosotros durante mi ausencia, pues dentro de breve tiempo no me vereis mas; y si esta primera ausencia no es perpetua, como en realidad no lo será, pues me vereis de cuando en cuando, sabed que estas visitas durarán solamente hasta que vuelva á mi Padre y suba al cielo, en donde estableceré mi morada para siempre, y en donde no vereis hasta que subais á él por el mismo camino que yo lo reconquisté y para todos lo merecí.

Algunos de sus discípulos que no pudieron comprender bien el sentido de estas expresiones, se decian unos á otros: ¿Qué nos querá decir con esto, dentro de poco no me vereis, y luego dentro de poco me vereis, porque voy al Padre? En verdad que tenia esta conclusion tanto de concisa como de misteriosa, para que la comprendiesen los apóstoles, y necesita por lo mismo alguna explicacion. El tiempo breve después del cual ya no lo verian, era el que iba á pasar desde este instante en que les hablaba hasta su sepultura; y el que después del cual lo habian de ver otra vez, era aquel en que estaria en el sepulcro hasta su gloriosa resurreccion. Y co-

nociendo su Majestad que deseaban preguntarle sobre esto, se anticipó como solía á sus deseos, y les dijo: Bien sé que las palabras que acabo de deciros os inquietan, y que no habeis comprendido su sentido: esperad su cumplimiento, y vereis que nada os he dicho que no sea cierto; oid pues lo que voy á deciros, para que lo comprendais mejor. Llegó tiempo en que vosotros llorareis y el mundo se alegrará; mas vuestra tristeza no durará mucho tiempo, y á ella seguirá un gozo mas cumplido. Como la mujer que va de parto llora y se afige porque se acerca la hora de su trabajo, pero en habiendo á luz felizmente el fruto de sus entrañas ya no se acuerda de su angustia por el gozo de que se llena porque dió un hombre al mundo, así vuestras penas, discípulos míos, serán tan cortas como estas. Llegó el tiempo, y debo ausentarme de vosotros; esto os apesadumbra y acongoja; pero debeis consolaros con la esperanza de que apenas me habeis perdido de vista, cuando os volveré á visitar resucitado y glorioso. Esto calmará vuestras lágrimas é inquietudes y os llenará de una alegría tan sólida, que no os la podrán quitar todas las criaturas del mundo. Entonces en aquel dia ya no me hareis pregunta alguna sobre mi partida. En verdad, en verdad os digo, que todo cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, os lo concederá, y el Espitu Santo os enriquecerá y adornará de tal manera con sus dones, que no necesitareis tenerme cerca de vosotros para consultarme vuestras dudas. Hasta ahora nada le habeis pedido en mi nombre; pedid y recibireis, para que vuestro gozo sea completo.

Aunque el sentido literal de este discurso no era difícil de penetrar y conocer, sin embargo, por fácil que fuese, no estaba al alcance de los apóstoles, aunque es tambien cierto que no estuvieron largo tiempo sin percibirlo; y para que no dudasen de que el Maestro que se complacia en darles tan importantes documentos en los últimos instantes de su vida conocia perfectamente bien todas las necesidades que tenian, y no les negaba ni escaseaba todos los consuelos que necesitaban, les añadió: Hasta ahora os he hablado en estilo figurado y proverbial que no habeis podido penetrar; de aqui en adelante ya no usaré de figuras ni parábolas; os hablaré claramente de mi Padre, y os descubriré los misterios mas secretos y sublimes,

y tendreis gran cabida con este Padre, infinitamente liberal y misericordioso, el que os manifestará su voluntad acerca del establecimiento de su reino. Pedidle en mi nombre cuanto deseáreis, como sea justo y conveniente, y no es necesario que os diga que mis súplicas acompañarán á las vuestras, y que ninguna necesidad tendreis de acordármelas, pues aun cuando yo pudiese olvidarme de ellas, bastaria el amor que mi Padre os tiene para que fuesen desechadas prontamente. Os ama con ternura, porque vosotros me habeis amado, y porque me habeis creído cuando os he dicho que he salido de mi Padre, y que de allí es de donde he venido á la tierra. Esto bastará para que viendo la firmeza de vuestra fe á mis palabras, y vuestra adhesion á mi persona, mis méritos que tendré siempre presente, y conociendo vuestras necesidades, os oiga con benignidad y os conceda cuanto le pidiéreis. Acordaos que así como salí del seno de mi Padre para venir á este mundo, así ahora estoy á punto de dejar la tierra y volver á su mismo seno para vivir allí eternamente. Por toda la eternidad soy el Verbo de Dios; el Verbo está unido personalmente á mi humanidad desde el primer instante de mi concepcion. Así es como he bajado del cielo, que es el trono de la Divinidad; así es como vine á cumplir mi ministerio entre los judíos, á los cuales era enviado especialmente como á su predicador y Maestro, y voy á consumir la redencion de todos los hombres, para dejar este mundo y volver á mi Padre. Palabras breves pero enérgicas, que encierran en su fondo toda la esencia de la religion adorable del Salvador, en cuanto ella es por la dignidad de su cabeza, que es el mismo Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Redentor y Salvador de los hombres.

No podia menos esta clara explicacion de Jesús de impresionar agradablemente á los apóstoles, y así fué que poseidos de la mayor gloria le dijeron: Ved ahí, Señor, que ahora nos hablas claro, y no con enigmas ni proverbios. Ahora conocemos que tú sabes todas las cosas y no necesitas que nadie te pregunte si lo conocemos; todo lo ves claramente, y con tu sabiduria sobrehumana penetras hasta los secretos mas ocultos de los corazones; por esto creemos que has salido de Dios. Adivinaste nuestros pensamientos, saliste al encuentro de nuestras dudas y calmaste todos nuestros temores.

Ninguno que solo sea hombre puro puede hacerlo, porque este es uno de los mas bellos rasgos de la Divinidad; te conocemos pues, y te confesamos como Hombre-Dios, Hijo único de Dios, cuya santa humanidad está destinada á conducir y á juzgar á todos los hombres, y que recibe en todos los instantes de su vida las luces de la Divinidad, á la cual está unida personalmente. Replicóles entonces Jesús: ¿Por ventura, es cierto que vosotros creéis ahora? Pues sabed que se acerca la hora y ya llegó, en que sereis dispersados, y cada uno de vosotros marchará por su lado y me dejareis solo, aunque no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Vosotros me abandonareis, pero os compadezco en verdad, tengo mas lástima de vosotros que de mí, y me es mucho menos sensible verme sin consuelo, que veros á vosotros en tanta turbacion y angustia. No os confunda ni tristezza esta mi prediccion, pues yo sé que brevemente os avergonzareis de vuestra cobardía, y borraréis la vergüenza y la deshonra con la fidelidad del resto de vuestros dias. Pero sabed que os he dicho estas cosas y os las he anunciado para que tengais y conserveis en mí la paz; mas no os la prometo sin combates ni batallas, porque quiero que sea una paz gloriosa y el fruto de vuestras victorias. Todo el tiempo que esteis en el mundo, no dejará este de perseguiros; pero no le temais, pues he conseguido contra él una completa victoria; y si vuestra confianza en mí fuese firme, sereis invencibles. Le vencí con la paciencia, y triunfaré de él con la muerte. Así mereceré la gloria de reinar sobre todas las gentes y la facultad de dar á todos aquellos que por mí pelearen, la fuerza para vencer y triunfar como yo del infierno y de toda la soberbia feroz de sus legiones.

Parece que con este tan vehemente discurso se inflamó el corazon del amantísimo Jesús con un nuevo fuego, y después de haber hecho un poco de pausa en estos razonamientos para dar tiempo tambien á sus discípulos para que respirasen, levantando sus ojos al cielo, dijo: Padre mio, llegó el tiempo de hacer brillar mi gloria. Tú quieres que tu Hijo muriendo admite al mundo con sus milagros; que su muerte sea seguida de una resurreccion gloriosa, sus penas de un dulce reposo y sus humillaciones de un triunfo eterno; y pues has elegido este tiempo para la ejecución de un tan grande designio,

empieza á glorificar á tu Hijo, para que el Hijo te glorifique á tí; haz que todas las naciones le conozcan y que el mundo sepa quiénes es. Para este tan santo, noble y glorioso fin es para lo que te has dado poder, para atraer á sí á todos los hombres, para hacerles el mayor de todos los bienes, cual es el darles la vida eterna. El camino que conduce á tan dichoso término es el conocerte y adorarte á tí, oh Padre mio, y que reconozcan y adoren á tu Hijo único Jesucristo, á quien has enviado. Nada te pido que no haya merecido bien. Tú me has mandado trabajar en este mundo y procurar tu gloria, y yo lo he hecho así. ¿Qué falta ahora sino que recompenses me obediencia? Yo tuve en tí antes de todos los siglos como Hijo único, la gloria que es esencial á la Divinidad. Pero después que tomé esta carne mortal, y la semejanza y forma de siervo, he vivido siempre entre menosprecios, y la muerte ignominiosa que voy á padecer será el colmo de mis oprobios. Lo que deseo y te pido al presente es que enlaces después de mi muerte esta mi humanidad, humillada y como anonadada hasta aquí por tu amor.

Yo, Padre mio, he manifestado tu nombre á los hombres que tuviste á bien separar del mundo y hacerlos miembros vivos de mi grey. Criador y dueño absoluto de todos ellos, elegiste y predestinaste los que has querido para que me siguiesen fielmente, como siguen las ovejas á su pastor. Por estos discípulos que me habeis puesto á mi cuidado, y á quienes yo confío la direccion de los otros hombres, es por quienes os pido y ruego. Yo os los encomiendo y pongo bajo vuestra proteccion. Yo les enseñé la doctrina que tú me has comunicado, y habiéndola recibido llegaron á conocer que salia de tí, y creyeron que tú me enviaste. Yo os ruego por ellos; no os pido por el mundo, sino por los que me diste, porque son tuyos. Esto es, nada os digo por el pueblo judío y por la Sinagoga que lo corrompe; no os pido y ruego que les perdoneis los castigos temporales y la ruina que les amenaza; yo sé cuál es su destino; vos me habeis revelado los decretos eternos fundados sobre su impenitencia futura y sobre su obstinacion que teneis prevista. Adoro vuestra soberana justicia, y limito ahora mis deseos á estos hombres que me habeis dado para que los forme con mis lecciones, y los habeis elegido para ministros míos y de mi Evangelio. Ellos eran vuestros antes que

los pusiérais bajo de mi conducta, y siempre son vuestros aunque me los habeis dado, y os adoran á vos y á vuestro Hijo. Todas mis obras, todas mis cosas, tuyas son; así como todas las tuyas son mías y he sido glorificado en ellas. Bien sabes, oh Padre mio, los motivos porque te hago esta reverente súplica: estos discípulos que me diste me tienen particular amor, y á ellos pertenece dilatar por todo el mundo la gloria de mi nombre; y estando por dejar este mundo y volverme á tí, me veo obligado á dejarlos solos en medio de los enemigos de la virtud y de la verdad; sálvalos pues y protégelos. Yo te ruego por este rebaño destituido de su pastor, para que te dignes tomarlo á tu cuidado y le defiendas de los lobos con la virtud de tu nombre santo y poderoso, á fin de que los que has puesto bajo mi protección, se unan estrechamente conmigo y entre sí, y que amándose los unos á los otros, como nosotros nos amamos, sean una misma cosa, como nosotros lo somos; esto es, lo sean ellos por la caridad, como nosotros lo somos por naturaleza.

Yo conservaba y mantenía en tu nombre á los que me diste cuando estaba con ellos en el mundo. Yo los guardé, y ninguno de ellos pereció, sino el hijo de perdición, el pérfido Judas, cuya desgraciada suerte y justo castigo hará que se verifique y cumpla el oráculo de las Escrituras que pronunció el Espíritu Santo por la boca de David; porque escrito está en libro de los Salmos [1]: Destruída y asolada sea su habitación y morada, y no haya quien habite en ella. Sean pocos sus días y tome otro su ministerio y oficio. Ahora pues que vengo á tí y que ya me faltan pocas horas para salir de este mundo, los vuelvo y pongo en tus manos; y lo hago en su presencia, para que experimentando los favores de que los colmarás á mis ruegos, se consuelen de mi partida, y para que reciban de mí, aunque ausente y apartado de ellos, la plenitud del gozo y el colmo del consuelo. Yo los confíé tu palabra, les enseñé tu doctrina, y el mundo los aborreció porque no son del mundo, como tampoco lo soy yo. No te ruego que los saques de él, pero sí te pido que los preserves de los males con que amenazas á los hijos de la iniquidad. Yo conozco tus designios sobre ellos; quiero que los cum-

[1] Psal. 68, v. 26, et Psal. 108, v. 8.

plan, y que la generosidad de su celo corresponda á la grandeza de su vocación. Sostenles, oh Padre mio! en tu fervor, para que la persecucion de los malos no les haga vacilar en la fe que me han prometido. No son del mundo, por consiguiente no son de los que tú aborreces; son semejantes á su Maestro, que tampoco es del mundo. Santifícales pues y confírmalos en la verdad de la doctrina celestial que yo les he enseñado. Tú sabes bien que la saqué de tu seno, y que ella es el fundamento del culto verdadero que á tí se debe de justicia y que en mi nombre se ha de establecer entre todos los pueblos de la tierra. Tu palabra es verdadera é infalible. Tu justicia eterna, y tus mandamientos, y tu ley, la verdad misma, que ilustrando las almas las santifica. Bien sabes cuán necesaria es esta gracia para aquellos por quienes te la pido. Por ellos me ofrezco en sacrificio, y ya me ves á punto de derramar mi sangre por merecerles una verdadera y perfecta santificación. Socórrelos, Padre mio, y distribuye entre ellos con tu misericordia las gracias singulares que por ellos y por todos he de merecer con el sacrificio de mi vida.

No te ruego solamente por ellos, sino tambien por los que en la serie sucesiva de todos los siglos han de creer en mí por su predicacion y majisterio, y han de honrar al Padre por el Hijo. Haz que se verifique de todos ellos, que viven unos y otros unidos por la participacion de un mismo espíritu, como tú y yo somos una misma cosa; como tú, Padre mio, estás en mí, y yo que soy tu Hijo estoy en tí por la comunicacion de una misma naturaleza que recibo de tí; y por esta íntima union fraternal y santidad debida, crea el mundo que tú me enviaste y que de tí procede la doctrina que he enseñado, mi mision, mi dignidad, y mi poder. Yo les he dado la claridad, la gloria, la gracia de hijos adoptivos; y los dones sobrenaturales que tú me has comunicado, y de la que haré participantes á todos mis miembros. El mundo por tanto, testigo de nuestra íntima union y de la que tienen contigo por mí todas las criaturas, conocerá que yo estoy en ellos como tú estás en mí; que son mis miembros, y yo soy su cabeza; y que por este medio llegan á la mas perfecta union que puede haber entre las criaturas y el Criador. Estas

señales de una santidad consumada que el mundo admirará entre mí y mis discípulos, le obligarán á creer que yo los envío como tú me has enviado, y que yo los amo como tú me amaste á mí. Y pues tú me los has dado, deseo que los coloques cerca de mí en el cielo, para que vean la gloria que me has preparado desde la eternidad, y por ahí conozcan cuánto me has amado ante todos los siglos. ¡Oh Padre mio, cuyos caminos todos son rectos y cuyos juicios todos son justos! El mundo á quien me has enviado no ha querido conocerte tal como yo te he anunciado por tu orden. Pero tú sabes que te he conocido íntimamente, y que mis discípulos te han conocido también y saben que tú eres el que me has enviado. Yo les he enseñado á reverenciar tu nombre, y á respetar tus designios soberanos. Yo les he manifestado tus grandezas, y el Espíritu Santo que procede de tí y de mí se las enseñará bien presto con la mayor claridad, para que el amor con que me amas esté en ellos y haga de ellos con un modo especial y nuevo, hijos tuyos por adopción, y en su proporción habite en ellos como en mí, por el hábito infuso de la caridad y por el mas pleno y perfecto conocimiento.

Sale del Cenáculo y se encamina al huerto de Gethzemani ó de las

Olivas.

Concluyó Jesús su oración y salió del Cenáculo con sus apóstoles, para ir al monte de las Olivas; pero al tiempo de partir y durante el camino, volvió á repartirles las dos cosas mas esenciales é interesantes de que les convenia por entonces acordarse mas. La una era que estando tan cerca la hora de la batalla, les era sumamente necesario aprestarse contra el enemigo comun; y la otra, saber si en algun tiempo ó ocasion habian tenido contra él motivo de queja ó desconfianza; y así les dijo: Cuando yo os envié á la predicacion del Evangelio sin saco, alforja, calzado y sin bolsillo, ¿os faltó por ventura cosa alguna? Y habiéndole respondido que no, se volvió de esta ocasion para decirles, que si hasta entonces habia

tenido cuidado de proveerles de todas las cosas necesarias á la vida, y habia sido su Padre, su protector y defensor, habia llegado ya la hora y el punto de pelear; y que ya no podria prestarles algun socorro visible, siéndoles por consiguiente necesario proveerse de algunas cosas; así que, les añadió: El que tiene bolsillo lévele, y también alforja; y el que no tiene espada, venda su túnica y cómprela. Porque yo en verdad os digo, que es necesario que se cumpla en mí todo lo que está escrito; é Isafas [1] ya dijo: El ha sido contado y sentenciado entre los malhechores. Lo cual sucederá luego, pues todas las profecías están á punto de cumplirse. Los apóstoles que discurrían poco, no entendieron que el Señor queria con esto avisarles que debían armarse con el escudo de la fe y la espada de la palabra de Dios, porque iban á entrar en grandes tribulaciones; y tomándolo todo segun el sentido literal, creyendo que les seria necesario hacer uso de la espada para defender su persona, le contestaron ingenuamente y le dijeron: Señor, aquí tenemos dos espadas; y se las enseñaron: como queriendo preguntarle si les bastarian aquellas armas para defenderse en la refriega que les acababa de referir; mas deseoso Jesús de cortar aquella conversacion y de estraviar aquella idea de su entendimiento, les dijo: Basta.

Después de esto creyó preciso declararles que todos ellos dentro de breves instantes serian vencidos y huirian cobardemente á la vista de sus enemigos, y así les dijo: Ved aquí una noche funesta para vosotros; por mas resueltos que imagineis estar, os faltará el valor; después de tantas advertencias como os he dado, hareis de mi pasion un motivo de vuestra caída y de vuestro escándalo. Las crueldades que se ejecutarán conmigo, os asombrarán; y si totalmente no me olvidais, apenas conservareis algunas leves reliquias de una fe y de una esperanza medio apagadas. Esto es lo que batició Zacarías cuando dijo [2]: *Horré al pastor y se dispersará el rebaño*; pero como sé que aunque doy la vida, he de recobrarla otra vez, volveré muy presto á socoreros; y después de mi resurreccion os esperaré en Galilea, donde os habreis refugiado para evitar el fu-

[1] Isaias. cap. 53, v. 12.

[2] Zach. cap. 13, v. 7.

ror de los judíos: allí me vereis resucitado, lleno de gloria y victorioso de la muerte.

Bien se descubre el espíritu de prevision y el carácter amantísimo de Jesús en estas prevenciones que hizo á sus discípulos, puesto que, advirtiéndoles la cobardía en que habian de incurrir abandonándole dentro de pocos instantes, no quiso en manera alguna entregarlos á la desesperacion, y juzgó mucho mejor consolarlos con la seguridad que les daba de que dentro de poco tiempo le volverian á ver de un modo bien diferente del que le veian entonces, y en un estado mas lisonjero, brillante y glorioso. San Pedro empeño, que amaba ardientemente á Jesús, y no creia, habia de llegar á ser tan cobarde que le abandonase al verle en manos de sus enemigos, se revistió de ardor y le dijo: Que aunque todos sus compañeros faltasen á su deber, y escandalizándose con motivo de la prision del Maestro le abandonase, cumpliria él siempre y fielmente con la suya, y no le abandonaria jamás. Pero Jesús le replicó, que en aquella misma noche antes que el gallo diese el segundo canto, él le habria negado tres veces; mas á pesar de todo, no dejó Pedro de protextar y aseverar que sucediese lo que sucediese, él nunca negaria ni abandonaria á su Maestro; cuya protexta repitieron juntamente con Pedro los demás apóstoles y discípulos de Jesús. Pero como el Señor queria que la penitencia los hiciese mas humildes, mas fieles y mas santos después de su caida, lo cual acaso no hubieran podido lograr si no hubieran caido, les dejó hablar; y sin detenerse un instante mas, cortó la disputa sobre la constancia imaginaria que ellos se prometian; y viendo que era llegada la hora, rezó con ellos los Salmos y cántico de accion de gracias con que los hijos de Israel, que eran verdaderamente religiosos, acostumbraban á acabar sus mesas, y principalmente la cena de la Pascua, y en seguida se salió de Jerusalem y se dirigió al huerto de las Olivas, donde tenia la costumbre de hacer oracion durante la noche; y habiendo pasado el torrente de Cedron con sus once apóstoles, los dejó al pié de la montaña junto al lugar de Gethzemani, ordenándoles que permaneciesen en aquel paraje mientras iba á hacer oracion á su Eterno Padre.

Largo era el plazo que habia trascurrido desde el principio del mundo: cincuenta siglos habian pasado, y el gran caudillo que habia enviado Dios al mundo para que triunfase en sí mismo de todo el poder del infierno y de la muerte, debía salir de lo escondido de las tinieblas para pelear las peleas de su Padre y vencer al dragon infernal en un terreno en todo parecido é igual á aquel en que él habia vencido al hombre primero. Eligió pues para el combate un huerto, porque en otro habia declarado el hombre la guerra á Dios. Este huerto encerrado en aquel hermoso monte, que por el lado de la casa de Dios dominaba gran parte de Jerusalem, nos da á conocer que este es lugar donde el alma santa que desea unirse estrechamente con el Señor por medio de la oracion, debe retirarse oportunamente, separándose del mundo, valle de miserias y torrente de desdichas, para participar separada de él, de los inefables consuelos con que el Señor en medio de las tribulaciones alegra el corazon de todos los que á él acuden y en él esperan. La distancia de la ciudad al monte apenas era de mil pasos, y esto nos da conocer que nunca se aleja mucho el Señor de aquellos á quienes quiere salvar, aunque los deje expuestos al parecer á las mas graves y penosas tribulaciones. Y aunque se encaminó Jesús al huerto con sus discípulos, sin embargo, al entrar en él los mandó quedar en un lugar algo separado y distante; con lo que tambien nos enseña que en la soledad es donde debemos buscar á Dios, donde debemos llamarle, y en donde sin duda alguna lo hallaremos, y él se dignará hablar á nuestro corazon; pues así lo dijo por su Profeta [1]: *Llevaré el alma á la soledad y hablaré á su corazon*; para que conozca que Dios no se halla entre las agitaciones bulliciosas de un mundo engañador y corrompido, del que necesariamente debemos huir si queremos tratar familiarmente con Dios y merecer sus consuelos. Pero es preciso advertir, que aunque mandó Jesús á sus apóstoles que se quedasen algo apartados de él, llamó mas cerca de sí á sus tres queridos, Pedro, Jaime y Juan, para que no le perdiesen de vista, advirtiéndoles la necesidad que tenian de orar para obtener los socorros del cielo contra las tentaciones que les amenazaban.

[1] Osee. cap. 2, v. 14.

5 10.

Jesús en el huerto hasta su prision.

Después de esto dió Jesús algunos pasos adelante, seguido de sus tres apóstoles, que fueron los únicos testigos de la extrema aflicción de su Maestro. Internóse el Señor con ellos á un parage mas retirado, y por algunas palabras que pronunció y ellos mas claramente comprendieron, que estaba poseído de un temor extraordinario de la muerte, de una tristeza excesiva, y de una especie de desfallecimiento, producido por el vivo y penoso conocimiento de las indignidades que le habian de hacer sufrir aquellos á quienes tenia mas obligados; por el horror de los designios impíos y sanguinarios que iban á ejecutar contra su persona, y por la certeza de los innumerables males que veía próximos; pero se apartó de ellos como un tiro de piedra, y al tiempo de partirse les dijo: *Triste está mi alma hasta la muerte; esperaos aquí y velad conmigo.* Herido anticipadamente por los dolores de su pasión, abatido su rostro é inquieto su semblante, decían sus facciones demudadas mucho mas que sus propias palabras; y puesto de rodillas, dejó caer su rostro contra la tierra: en esta postura, en que lo ponía mas su veneración profunda para con Dios que su aflicción extrema, comenzó á orar. Los afectos y consideraciones más encontradas lo mortificaban y herían. Era la inocencia misma, el rey inmortal de los siglos, el primogénito de los hombres, el Hombre-Dios y el Hijo único de Dios; y considerando los ultrajes que había de sufrir, los dolores que había de sentir y la muerte que había de padecer en una infame cruz, despedazaban su alma, se estremecía su espíritu y se poseía del pavor de la muerte. Pero él se había hecho por su voluntad obediente al Padre, y se había sujetado á ella; no por necesidad, sino movido de caridad; y entonces le preocupaba la consideración de salvar á los hombres, de abrirles la puerta del cielo, de reconciliarlos con su Padre y satisfacer á la justicia de Dios; y aunque conocía la conveniencia de que los hombres se salvarasen

y la justicia de Dios quedase satisfecha, no ignorando que para conseguir estos extremos había de caer en las manos de la justicia eterna, se estremecía y poseía del mas terrible espanto; por lo que se vió precisado á clamar y decir: *Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz sin que yo lo beba; pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú.* Bien sabes que suscribí al decreto de tu justicia para salvar al hombre y satisfacerte á ti; y así no se haga mi voluntad, sino la tuya.

En medio de este conflicto, sabiendo Jesús que su Padre lo amaba, acudia á los consejos y á las voces del amor; y ofreciendo á su Padre mismo los afectos mas ardientes de su corazón, esperaba el consuelo que sabia le había de otorgar; mientras el que esperaba del cielo se difería, se levantó y fué á buscar á sus discípulos. Quería hablarles de sus penas y consolarse con ellos comunicándose las; pero los halló todos dormidos y se vió precisado á dispartarlos. ¡Triste consuelo para un afligido que necesita alivio y ya á buscarlo en sus amigos! Es verdad que la tristeza tenía la mayor parte en la opresión de aquel sueño; no obstante no pudo Jesús dejarlos de reprender por falta de vigilancia; y dirigiéndose á Pedro le dijo: *¿Simon, duermes? ¿Siquiera una hora no habeis podido velar conmigo? Velad y orad para que no seais vencidos por la tentacion. El espíritu está pronto y se juzga preparado para todo lo que puede venir; pero la carne, arrastra frecuentemente al espíritu, y este cede á la carne.* Tened pues cuidado sobre vosotros mismos, desconfiad de vuestras fuerzas, y no ceséis de implorar los socorros del cielo.

Después que Jesús hubo animado así á sus apóstoles, los dejó y volvió segunda vez á orar, y repitió la misma oracion, diciendo: *Padre mio, si no puede pasar de mí este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.* Esto es, si es necesario sujetarme á una muerte tan cruel é ignominiosa, cúmplase, Padre mio, los decretos eternos de tu justicia. Ya no solicita el Señor que se aparte de él el cáliz, aunque se mantiene con toda su amargura; sabe que no quiere Dios que deje de beberlo, y lo acepta desde luego desoso de que se dé al Padre la entera y perfecta satisfaccion que su justicia re-